

nidad; pero como mi esposa murió á los dos años de casarnos, una criatura hubiese sido una verdadera rémora para mí.

—Es verdad.

—Los hombres, por mucho que queramos á los hijos, no tenemos esa ternura de las madres, tan esencial para los niños como la savia al tronco.

—Y ¿no habéis pensado en uniros de nuevo á otra dama, siendo joven como sois?

El familiar encogióse de hombros.

—No sé qué responder á la pregunta que acabáis de hacerme. ¡Es tan difícil encontrar una buena compañera!

—¿Tan mala opinión tenéis formada de las mujeres?

—Regular, amigo mío, aunque sé que hay honrosas excepciones. Sin embargo, para una joven que se halle como vuestra hija, se cuentan mil caprichosas y vanas.

—Muy cierto.

—Por esto tengo la seguridad de que vuestra hija labrará la ventura del hombre que la elija para esposa.

—En Valencia hay un joven que la mira con buenos ojos.

—¿Y ella?

—Ella no se ha fijado siquiera en él. Es una niña, como antes os he dicho, en toda la extensión de la palabra.

—Y ese enlace, ¿os halagaría para el porvenir?

—Sin género de duda. El padre del muchacho á que

me refiero es comerciante como yo, y dueño de una buena fortuna.

—Entonces...

—Sin embargo, esta boda no se realizará jamás.

—¿Por qué?

—Porque los padres de Alberto, que éste es el nombre del joven, tienen muchas susceptibilidades religiosas.

Andía fijó sus ojos en el comerciante.

—¿Acaso vos sois despreocupado respecto á este punto?—preguntó luégo.

—Bien sabe Dios que no, y que mi única religión es la católica.

—Entonces no comprendo.

—Pues es perfectamente comprensible.

—Si no fuese indiscreción, os diría que resolviéis este problema.

—Básteos saber que mis antepasados fueron unos opulentos mercaderes moros.

—¡Ah!

—Y que, aunque yo, como mi mujer é hija, hemos recibido el agua bautismal y profesamos el dogma católico, no por esto dejan las gentes de considerarme como morisco.

—¿Saben en Valencia que sois católico?

—Sí, señor: ¡no han de saberlo!

—Lo celebro infinito, pues de este modo os veréis libre de un grave peligro que os amenazaría en caso contrario.

—¿Un peligro?

—Inminente.

—Ahora á mi vez os ruego que me expliquéis...

—Desde luégo.

Y el familiar, después de una breve pausa, prosiguió:

—No ignoraréis los acontecimientos de la corte.

—¿A qué os referís?

—El monarca está muy descontento de su favorito y ministro el duque de Lerma.

—Lo sé por referencias.

—Todos afirman que muy en breve le sustituirá en el poder el de Uceda.

—¿Y es posible que un hijo pueda conspirar contra su padre?

—Desgraciadamente en este mundo no hay nada imposible, señor Espinosa. El de Lerma trata por cuantos medios hay de conservarse en el poder, y con este objeto ha hecho varios esfuerzos.

—¡Es natural!

—Ultimamente decíase que á fin de halagar los sentimientos religiosos de don Felipe, habíale aconsejado la publicación de una pragmática expulsando de España á los moriscos.

Espinosa, al oír esto, palideció.

—Sin embargo,—dijo después,—yo creo que las cláusulas de esa pragmática, si el rey dispone su publicación, no alcanzarán á las personas que se hallen en mis condiciones.

—Desde luégo; por esto os he preguntado si eran conocidas en Valencia vuestras ideas religiosas.

—De todos.

—Entonces poco importa que se publique.

—No obstante, creo que en tiempo de Felipe II se cometieron muchas arbitrariedades, desterrando y privando de sus bienes á muchos inocentes.

—Sí, señor, que así sucedería; pero tened en cuenta que, como familiar del Santo Oficio y amigo del duque de Lerma, tengo suficiente influencia para evitar que cometiesen con vos una injusticia.

—Gracias, don Pedro.

—Por lo tanto, podéis estar tranquilo, y mucho más si prolongáis vuestra permanencia en este pueblo.

—Hasta fines de Septiembre.

—Para esa época ya se habrá publicado de sobra la pragmática de su majestad.

Andá se puso de pie.

—¿Os retiráis tan pronto?—preguntóle el comerciante.

—Le encargué á mi criado que me dispusiese la comida temprano.

—Si no es más que por eso, tendré sumo gusto en que me acompañéis á la mesa.

—Mil gracias. Ya vendré despacio y jugaremos una partida de ajedrez, si tenéis afición á ese juego.

—Precisamente es mi diversión favorita.

—Pues entonces á la noche pasaremos el rato jugando.

—Perfectamente.

—Como os he dicho, yo vendré. De este modo no tenéis que abandonar á vuestra esposa é hija.

—Bueno, aquí os aguardo.

El familiar y el comerciante cambiaron un afectuoso apretón de manos.

—Hasta luégo, pues. — dijo el primero.

Y salió de la estancia.

En el zaguán se hallaba Claudia.

Andía la hizo una reverencia, mientras sus ojos fijábanse en la joven.

—¡Qué hermosa es! —murmuró.

Y dirigióse á su casa.

En cuanto á la hija del comerciante, sintió un ligero estremecimiento.

Ningún hombre habíala mirado con la insistencia que don Pedro.

Los ojos de aquel hombre habían adquirido al fijarse en los suyos un resplandor verdaderamente diabólico.

Claudia sintió miedo.

Tal vez contribuyó á esta sensación el verle penetrar en la *Morada del Diablo*.

Dirigióse al aposento de su padre.

Este no se hallaba solo.

Doña Isabel le acompañaba.

—¿Has visto á nuestro vecino? —preguntó el comerciante.

—Sí, padre, — respondió la joven.

—Parece una excelente persona.

Claudia guardó silencio.

En cuanto á su madre, apresuróse á decir:

—Mira, Ramón, quizás es esta la primera vez que no opino como tú.

—Pues ¿cómo?

—Al pasar le he visto casualmente, y el vecino me es muy antipático: hay en sus facciones tanta dureza...

—¡Bah! ¿Acaso vamos á juzgar á las personas por su rostro?

—Luégo, como vive en esa casa...

—¿Qué tiene que ver para que sea un hombre honrado? Ha venido á esa casa porque es familiar de la santa Inquisición.

—Era lo único que le faltaba para aumentar mi antipatía hacia él.

—¿Por qué razón?

—Los familiares de la Santa me inspiran verdadero miedo.

—¡Qué necedad! Comprendo que piensen así los que han cometido alguna falta y temen el castigo; pero tú...

—¡Ay, Ramón, cuántos inocentes han sido víctimas del tribunal de que nos ocupamos!

—Prescinde de estas ideas. Don Pedro de Andía ha de ser un buen amigo nuestro, y puede que muy pronto recibamos una prueba de ello.

—Puede ser.

—Sabe que el monarca va á publicar una pragmática expulsando á los moriscos del territorio español.

—¡Dios mío!

—Pero no te alarmes. Este decreto no nos alcanza á nosotros; y si alguna dificultad surgiera, nuestro vecino, que goza de buenas influencias, la zanjaría. Espontáneamente me lo ha ofrecido. ¡Ya ves si le has juzgado mal! De seguro que nuestra Claudia no piensa como tú. ¿No es cierto, hija mía? ¿Qué te parece ese caballero?

La joven bajó los ojos.

Su padre insistió en preguntar.

—Pues bien, padre mío: si he de hablaros con franqueza, os confieso que á mí tampoco me ha gustado mucho.

—¡Qué preocupaciones!

—Cuando ha salido de esta casa dirigióme una mirada tan insistente, que me ha hecho estremecer. Parecíame que Satanás había fijado sus ojos en los míos.

El comerciante lanzó una carcajada.

—Ya veréis cómo cambiáis de opinión esta noche, que vendrá á jugar conmigo una partida de ajedrez.

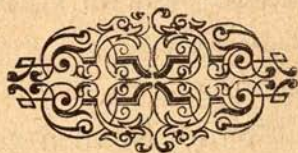
—¿Es posible?

—Desde luégo, esposa mía, no te negaré que su rostro es algo severo, pero no se puede juzgar nunca por exterioridades. Esto es una vulgaridad, en la que no debéis caer vosotras.

La hora de la comida había llegado.

El comerciante y su familia sentáronse junto á la mesa.

Dejémoslos, y veamos lo que entre tanto hacia en su casa el familiar.





CAPITULO XL

El alma del familiar.



SIGAMOS ante todo dos palabras para que sepan nuestros lectores algunos detalles de la vida del vecino del comerciante.

Don Pedro de Andía había nacido en Madrid.

Sus padres eran nobles.

No tuvieron en su matrimonio más que otro hijo, que era el primogénito.

Siguiendo la tradicional costumbre de las épocas á que nos referimos, Félix, que éste era el nombre del hermano de Andía, siguió la profesión de las armas.

En cuanto á Pedro, quería su madre que emprendiese la carrera eclesiástica.

Bien contrarias á ella eran sus inclinaciones.

Desde su primera juventud, Pedro fué disipador y entusiasta de todos los goces mundanos.

Carecía en absoluto de vocación.

Esto hizo desistir á sus padres del proyecto que abrigaban, no queriendo asumir la responsabilidad de haber hecho un mal sacerdote.

Félix adoraba á su hermano.

A la muerte de sus padres llevósele á su casa, y tuvo la debilidad de permitirle que malgastase su hacienda.

A pesar de sus devaneos, don Pedro fué nombrado familiar del Santo Oficio.

Esto era lo único que, como había dicho muy bien la esposa del comerciante, le faltaba á aquel hombre encenagado en todos los vicios.

El libertino se hizo hipócrita.

Aprendió en la escuela de los dominicos que al arrojar la piedra debía esconderse la mano, y hasta perdió la franqueza con que realizaba sus devaneos, siendo, por lo tanto, más peligrosas sus asechanzas.

Este era don Pedro de Andía.

Su influjo en la corte era inmenso, por ser uno de los satélites del duque de Lerma.

Volvamos ahora al momento en que penetró en su casa después de haber hecho una visita al comerciante.

El familiar dirigióse al aposento en que habíale conocido Espinosa.

Una vez en él sentóse junto á la mesa.

Una sonrisa irónica vagaba en sus labios.

—¡Qué hermosa es!—exclamó.

Nuestros lectores ya comprenderán que pensaba en Claudia.

La belleza de la joven hablaba á sus sentidos.

Era un hombre que, á semejanza de los reptiles, arrastrábase siempre, no comprendiendo la ventura del águila, que eleva su vuelo á las altas regiones del espacio.

Al contrario que Claudia, veía en todas las cosas la impura materia, nunca los nobles sentimientos que sublimizan.

Don Pedro permaneció pensativo el resto del día.

Cualquiera que hubiérale podido observar, hubiese temblado en presencia de aquel hombre.

Apoyado de brazos sobre la mesa, roíase las uñas con deleite, mientras sus ojos brillaban con esa fosforescencia que despide en la oscuridad la retina del gato.

Hubiera sido un gran modelo para simbolizar al demonio.

Llegó la noche.

Entonces don Pedro llamó á su criado Tristán.

—Sírreme la cena,—le dijo.

Cuando hubo satisfecho su apetito, el familiar se puso en pie, y calándose el sombrero, salió de su casa, dirigiéndose á la del comerciante.

Este ya le esperaba junto á una mesita, sobre la que había una lámpara, un tablero de ajedrez y las piezas en perfecta formación.

Doña Isabel y su hija, á instancias de don Ramón, habíanse quedado en el aposento y ocupaban un diván.

Al penetrar en la habitación, don Pedro inclinóse ante ellas.

—Señor Andía,—dijo el comerciante, poniéndose de pie,—tengo el gusto de presentaros á mi esposa y á mi hija.

—La satisfacción es mía en conocerlas.

Y el familiar volvió á inclinarse profundamente.

Don Pedro sentóse enfrente de su contrincante en el juego.

Empezó la partida.

El comerciante ponía una gran atención antes de hacer una jugada.

En cuanto á Andía, aprovechando las reflexiones de su vecino, miraba de vez en cuando á la hermosa Claudia, obligando á ésta á bajar los ojos y ruborizarse.

Estas naturales demostraciones de pudor exaltaban los torpes deseos del familiar.

La partida fué larga.

La suerte decidióse al fin por el comerciante.

—¡Sois un verdadero jugador!—exclamó don Pedro.

—Que haya ganado esta noche no significa nada.

—Mañana veremos.

—Con mucho gusto.

—Como sabéis perfectamente, en este pueblo no hay pasatiempo de ningún género; nos ofrecería serias dificultades hallar una persona con quien sostener conversación. Es preciso, por lo tanto, que nos veamos con frecuencia.

—Soy de vuestro mismo parecer.

Don Pedro despidióse hasta el siguiente día, no saliendo del aposento sin dirigir á Claudia otra mirada con sus ojos de sátiro.

Aquella noche la hija del comerciante soñó con su vecino.

Al despertar estaba llorando.

Hay aun en la mujer más candorosa un secreto instinto que la advierte los sentimientos que sabe inspirar.

Ella no dábase una explicación perfecta de por qué la miraba tanto aquel hombre; pero comprendía desde luégo que abrigaba alguna idea respecto á su persona, y que aquella idea no era buena.

Por los vidrios de la ventana del aposento de la joven penetraban los tenues reflejos del amanecer.

Los pajarillos entonaban sus cancionas.

Claudia abandonó su blanco lecho.

Vistióse, y después de dirigir una mirada al cielo

á través de los cristales, salió de la estancia, dirigiéndose á la huerta.

Un instante después aspiraba la frescura del aire matutino.

— Cuidaré mis flores, — exclamó.

Y comenzó á regarlas.

Al pasar junto á la verja de hierro entretenida en su tarea, oyó un acento que la decía:

— Mucho se madruga, vecinita.

La joven levantó los ojos.

El que acababa de dirigirle estas palabras era don Pedro.

El familiar hallábase junto á la verja.

Las mejillas de la hija del comerciante se colorearon.

— Sí, señor, — dijo después.

— Se comprende. Viviendo en el campo, es necesario gozar de todas sus bellezas, y ninguna como la de ver los primeros resplandores del día. ¿Se ha levantado ya vuestro padre?

— No.

— ¿Y vuestra madre?

— Tampoco.

— ¿De modo que habéis sido la más madrugadora?

— Sí, señor.

— Alguna preocupación tendréis cuando tan pronto abandonáis el lecho.

— Ninguna. He querido regar mis flores antes que las bañe el sol.

—Con efecto, es una mérida muy acertada, pues cuando aprieta el calor no puede regárselas sin exponerlas á que se marchiten. ¿Os agradan mucho las flores?

—Mucho.

—Como todo lo que es bello y poético como vos, hermosa niña. ¿Cuál es la planta que más os gusta?

—Los rosales.

—Pues tendré la satisfacción de ofreceros unos cuantos. En mi jardín, aunque algo inculto, los hay de primer orden. ¿Verdad que los espinos no son delicados? ¿No habéis pasado nunca á mi jardín?

—No, señor.

—Es extraño hallándose enfrente del vuestro. Pues hay unas flores preciosas. ¿Queréis verlas?

—No. Confieso que la casa que habitáis me inspira miedo.

—¿Miedo?

Sí, señor.

—¿Y por qué?

—Antes que la vivieseis se decía que era mansión de brujas ó duendes.

—¿Y quién da crédito á esas cosas?

—La verdad es que no comprendo cómo os habéis atrevido á instalaros en ella.

—Pues nada me ha sucedido hasta ahora, y es muy probable que continúe disfrutando de la misma tranquilidad.

—Sin embargo...

—Esas cosas que se cuentan no tienen razón de ser. Mi casa es como otra cualquiera.

A Claudia molestábale proseguir el diálogo con aquel hombre.

Dirigióle, pues, una rápida mirada, y dijo:

—Con vuestro permiso, caballero, voy á seguir regando mis flores.

—Hasta luégo, pues.

—Buenos días.

Y Claudia dirigióse hacia otro sitio del jardín.

—¡Qué desdeñosa es la muchacha!—se dijo el familiar;—pero no importa, he de conseguirla pese á quien pese.

Y don Pedro penetró en su casa.

Pocos días después de los sucesos que hemos referido, advirtiése en la comarca un gran movimiento.

Espinosa se hallaba en su vivienda, cuando le anunció su hija que preguntaba por él un comerciante de Valencia.

Éste llamábase Santiago y era también morisco.

—Que pase en seguida, dijo Ramón.—¿Qué le traerá á este pueblo?

Santiago era un hombre de unos cincuenta años, vecino en Valencia del padre de Claudia, y que profesábale la más sincera amistad.

Al ver á Espinosa le dió un abrazo.

—¿Cómo has venido por aquí?—preguntóle Ramón.

—Con el solo objeto de hacerte una advertencia y una proposición.

—Habla, pues.

—Me consta que muy en breve va á firmar el rey una pragmática inspirada por el duque de Lerma.

—Tengo noticia de ello.

—Esta pragmática puede acarrear nos consecuencias funestísimas.

—¿Por qué? Se trata de la expulsión de los moriscos; pero tanto tú como yo somos cristianos.

A pesar de esto, no me consideraré seguro en España desde el instante en que se publique el decreto de expulsión.

—Yo sí.

—Mal haces, querido Ramón.

—En Valencia todos conocen la religiosidad de mis ideas, y además tengo personas influyentes para que me dejen tranquilo.

—En ese caso, es inútil lo que iba á proponerte.

—Habla, sin embargo.

—Ya sabes que el principal comercio á que me dedico es de piedras preciosas y tisú.

—Con efecto.

—Estos géneros tienen gran salida en Oriente, y he pensado establecer mi casa en Africa, que me brinda con su proverbial y nunca desmentida hospitalidad.

—¿Y venías á proponerme que me asociase á tus negocios, dejando mi residencia?

—Sí, Ramón.

—Te lo agradezco infinito; pero ya sabes los motivos que me permiten continuar en España, suceda lo que suceda.

—¡Quiera Dios que no te arrepientas algún día de quedarte aquí!

—Me parece que no.

—¡Ojalá! Sabes lo mucho que siempre te he apreciado.

Espinosa quiso que su amigo permaneciese unos días en su casa, pero éste negóse á hacerlo.

—Soy menos confiado que tú, y confieso que me produce espanto la publicación de la pragmática del rey, no queriendo permanecer en Valencia más que el tiempo absolutamente preciso para arreglar mi viaje.

Santiago aquel mismo día emprendió el regreso á la ciudad.

En cuanto á Espinosa, continuó en su casa de campo.

Todas las noches, con objeto de jugar una partida de ajedrez, hacíale una visita don Pedro.

La amistad de los dos vecinos iba estrechándose por momentos.

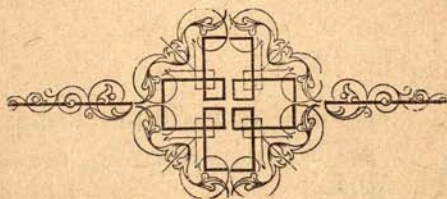
Andía habíaselo propuesto, y no le fué difícil hacerse muy simpático á los ojos del comerciante.

Un mes después, si hubiérale pedido la mano de Claudia, no hubiese dudado en concedérsela.

Pero el familiar no pensaba en casarse, ni mucho menos.

Su deseo limitábase á la posesión de Claudia, para relegarla después al olvido, como lo había hecho con otras muchas.

En cuanto á la joven, cada vez sentía más acentuada aversión hacia el familiar.





CAPITULO XLI

Donde aumentan las complicaciones.

UNA tarde de los últimos días de Septiembre, don Ramón dijo á su familia:

—Es necesario que pasemos á la casa de nuestro vecino, abandonando vuestras incomprensibles preocupaciones. Varias veces me ha expresado este deseo, y hoy no pasa sin que le visitemos.

Como el comerciante habló tan terminantemente, ni doña Isabel ni Claudia se atrevieron á hacer la más pequeña observación.

Era preciso complacerle.



Un instante después, don Ramón y su familia dirigíanse á la morada de don Pedro.

Antes de repasar los umbrales, madre é hija se santiguaron devotamente, lo que hizo sonreír á Espinosa.

Don Pedro, apenas supo por su criado Tristán que esperábale su vecino con su señora é hija, apresuróse á recibirlos en su estancia.

—¡Tanta honra!—exclamó.

Y una sonrisa dibujóse en sus labios.

El familiar obsequió á sus vecinas con dulces y flores, dando á probar al comerciante un excelente vino que aseguró pertenecer á la bodega de su majestad.

—¿Y qué se refiere respecto á la pragmática?—preguntó don Ramón.

--Amigo mío, no quería haberos hablado de este asunto, por evitaros un disgusto; pero ya que sacáis la conversación, creo deber deciros cuanto sucede.

—Os lo agradeceré infinito.

—La pragmática, como no ignoráis, se ha publicado.

—Lo sé.

—La gran mayoría de los moriscos, respetando la regia disposición, han partido ya de España. Se afirma, sin embargo, que en algunos pueblos de Valencia se han levantado partidas haciendo vivas protestas en contra de la pragmática.

—¿Y qué conseguirán esos desgraciados?

—Entregar su cabeza al verdugo y que confisquen sus bienes.

—Es verdad.

—Como comprendéis, esto aumenta de un modo considerable la odiosidad hacia los moriscos, y es posible que paguen justos por pecadores.

—Pero ¿creéis que nos amenaza algún peligro?

Don Pedro, al oír esta pregunta, contestó con una de esas frases negativas que en el tono en que se pronuncian casi equivalen á una afirmación.

—Hablad con franqueza, amigo mío.

—No os ocurrirá nada, —añadió el familiar, — porque no han de faltarnos medios para evitarlo.

—Vuestra influencia.

—No, don Ramón: mi influencia, después de todo, es limitada.

—Entonces, ¿á qué os referís?

—Sencillamente á que si las cosas van presentándose tan mal como hasta ahora, podéis ocultaros con vuestra familia en esta casa. Yo siempre tengo algunas habitaciones á vuestra disposición.

— Muchas gracias.

—Y, como comprendéis, aunque se practique un escrupuloso registro en el pueblo, no han de sospechar que os encontráis en la casa de un individuo que pertenece á la Santa Inquisición.

—Ciertamente; pero lo que me proponéis os compromete.

—De ningún modo. Dejaremos que pasen unos días á ver el giro que toman las cosas, y según lo que resulte, obraremos.

Aquel día el comerciante estuvo más preocupado que de costumbre.

Su disgusto aumentó cuando supo por algunos individuos del pueblo que el levantamiento iba tomando serias proporciones, alentadas por un morisco llamado Turigi.

Hablábase en el pueblo de que en breve llegarían tropas para practicar un registro.

Espinosa decidióse á aceptar la oferta de Andía.

Una mañana presentóse en su vivienda.

—Amigo mío,—le dijo,—mucho siento tener que molestaros, pero me veo en la necesidad de admitir vuestro ofrecimiento.

—Iba á proponéroslo hoy mismo.

—Los rumores de que muy en breve llegarán tropas á este pueblo van aumentando, y temo por mi mujer y mi amada hija.

—No hablemos más del asunto. Esta noche á las diez, hora en que estarán recogidos los moradores de la comarca, echáis la llave á la puerta de vuestra casa y os instaláis en la mía.

—¿Cómo os pagaré lo mucho que hacéis por nosotros?

—Con vuestra amistad, que es el mejor premio.

Con efecto, aquella misma noche, á la hora indicada, esto es, cuando las calles estaban desiertas, Espinosa y su familia trasladáronse á la morada de don Pedro de Andía.

Este hallábase satisfechísimo.

Había conseguido que Claudia estuviese bajo su mismo techo.

No eran exageradas las noticias que el familiar había dado al comerciante.

Los moriscos defendíanse en algunos pueblos de la montaña.

Sin embargo, esto no es bastante para que alcanzasen á Espinosa los efectos de la pragmática, supuesto que en el ánimo de todos hallábase la convicción de que era cristiano.

Andía, aprovechándose del aislamiento en que se hallaba el comerciante, referíale diariamente sucesos horribles que le amedrentaban.

—Es una locura que por ahora salgáis de esta casa, —decía.—Las tropas del rey persiguen sin descanso á Turigi. El odio contra los moriscos se acentúa. Afirmán que diariamente están embarcando á cientos de familias que se hallan en iguales condiciones que vos, esto es, que profesan la religión católica.

—¡Pero esto es horrible!

—¡Ya lo creo! Poco debe importaros, no obstante. Aquí estáis seguro. Todo se reduce á que permanezcáis en esta casa algún tiempo más.

—Pero las molestias que esto os origina...

—Al contrario. Si no fuese por el disgusto que me ocasiona la causa que aquí os retiene, creed positivamente que estaría muy satisfecho.

—¡Mil gracias, don Pedro!

—Creedlo, amigo mío.

—No lo dudo; y prueba de ello, que me determine á aceptar el generoso ofrecimiento que me hicisteis.

Este diálogo y otros por el estilo sostenían diariamente el familiar y el comerciante.

El primero abandonaba su lecho antes que amaneciese, con la esperanza de ver á Claudia en el jardín.

Pero la joven casi había suprimido sus matinales paseos.

Cuando don Pedro conseguía verla, era acompañada de su madre.

Esta situación iba cansando á Andía.

Sus deseos se acentuaban con las dificultades, poderoso incentivo para las pasiones.

Una mañana el familiar recibió una agradable sorpresa.

Al abandonar su lecho acercóse al balcón, dirigiendo una mirada á través de los vidrios.

Grande fué su alegría al ver á Claudia en el jardín.

La joven estaba sola.

Don Pedro consideró que había llegado la ocasión oportuna.

Vistióse con rapidez y se aventuró por la escalera que conducía al jardín.

Un instante después se hallaba en él.

Claudia, al oír el rumor de sus pasos, fijó sus ojos en Andía.

—¡Cuánto se madruga!— dijo el familiar sonriéndose.

—Vos también.

—Con efecto, hace algunos días que apenas puedo cerrar los ojos. Estoy inquietísimo; pero á vuestra edad no es fácil que la misma causa os obligue á abandonar el lecho tan temprano.

—Yo siempre madrugo.

—No obstante, hasta hoy no he tenido la suerte de veros en este sitio,

—Algunas mañanas he paseado por él con mi madre.

—Pero hoy ha tenido pereza para levantarse.

—La he dejado durmiendo.

Andía se aproximó á Claudia.

Luégo dijo:

—Esto no es un obstáculo para que demos una vuelta. ¿Queréis apoyaros en mi brazo?

—Mil gracias.

—Como gustéis.

El familiar guardó silencio algunos instantes.

No sabía de qué modo conducir la conversación al objeto que deseaba.

Sus ojos no apartábanse de la joven.

—Así se pasará la oportunidad,—pensó don Pedro, haciéndose una reconvención.

Y decidióse á entrar de lleno en el asunto.

—¡Qué hermosa sois!— dijo exhalando un suspiro.

Claudia, sorprendida con aquella inesperada exclamación, bajó los ojos.

Andía prosiguió:

—Vuestro padre me ha asegurado que aun no ha sentido vuestra alma las dulzuras del primer amor. ¿Es esto cierto?

—Sí,—respondió sencillamente la joven.

—¡Parece imposible!

—Tened en cuenta que he cumplido hace poco diez y seis años.

—¡Qué edad tan hermosa! ¡Feliz el que logre hacerse dueño de vuestro corazón!

Claudia, á pesar de su inocencia, comprendió que no debía permanecer en el jardín, deseando como deseaba evitar que aquel hombre prosiguiese dirigiéndola frases galantes.

—Con vuestro permiso, caballero,—le dijo,—vuelvo á reunirme con mis padres.

—¿Tanta prisa tenéis?

—No quiero que al despertarse mi madre note mi ausencia.

—¡Qué ingrata sois!

—¿Yo?

—Sí. Hace tiempo que anhelaba encontrar una ocasión como la presente, y ahora veo defraudadas mis más queridas ilusiones.

—No comprendo.

—Por vos hasta estoy faltando á mis deberes; pero hay una fuerza imperiosa que me obliga á ello.

—Sé á lo que os referís.

—Quizás no.

—Sí, don Pedro. Os consta que nosotros somos cristianos, y no podéis consentir que nos incluyan en el número de los enemigos de la fe católica.

—Tenía la certeza de que no habíais comprendido cuáles son los verdaderos móviles que me han impulsado á ocultaros en mi casa.

—Decídmelos, pues.

—Claudia, yo os amo. Vuestra cándida hermosura ha despertado en mi corazón una de esas pasiones violentas que no se extinguen sino con la muerte.

La joven, al oír esta declaración, hecha á quema ropa, bajó los ojos, y un subido carmín esparcióse por sus mejillas.

Jamás había oído una palabra de amor.

Nunca hubiera tampoco sospechado que se la dirigiese aquel hombre.

—Sois libre,—prosiguió don Pedro;—yo también lo soy. Por lo tanto, nos encontramos en perfectas condiciones de correspondernos. ¿Puedo abrigar alguna esperanza?

—Caballero, yo os estoy muy agradecida por lo que habéis hecho respecto á mis padres y á mí; pero os confieso que por ahora no pienso amar á nadie.

Esta respuesta contrarió á Andía, haciéndole fruncir las cejas.

—Pensadlo bien,—dijo.

—Ya lo he pensado. Mis padres no quieren que

consagre mi cariño más que á ellos, y si he de deciros la verdad, su deseo no me produce el más pequeño disgusto.

—¿De manera que no debo abrigar esperanzas?

—Seréis un buen amigo de mi padre, y por lo tanto mío también.

—¡Pequeña es la oferta!

—No tanto. ¿Acaso hay en el mundo un sentimiento más hermoso y desinteresado que el de la amistad?

—Cuando no se ambiciona más, tenéis razón; pero ¿quién, viendo vuestra hermosura y vuestra inocencia, se considera dichoso con que le otorguéis el nombre de amigo?

Claudia no respondió.

Sentíase contrariada al lado de aquel hombre.

Insistió, por lo tanto, en su deseo de reunirse con sus padres.

—Haced lo que os plazca, —respondió don Pedro con mal humor.

La joven alejóse.

El familiar la siguió con la mirada.

Cuando Claudia hubo desaparecido:

—Es inútil, —se dijo. —Cuanto intente para hacerme dueño de su corazón no conducirá sino á perder el tiempo de una manera lastimosa. Es necesario apelar á medios extremos.

Andía dió un largo paseo por el jardín.

Cuando penetró en la casa, don Ramón le esperaba.

—¿Venís de la calle? —le preguntó.

—Sí, amigo mío.

—¿Qué se dice?

—Lo de siempre. Sin embargo, los días van pasando, y paréceme que la llegada de las tropas á este pueblo no se verificará.

—¡Si tal supiese!...

—¿Qué haríais?

—Evitaros las molestias que ahora os origino, volviendo á mi casa.

—Yo tengo sumo gusto en que permanezcáis aquí.

—¡Mil gracias, don Pedro! Estaré un par de días más; y si para entonces no se ha presentado nadie sospechoso en el pueblo, volveré á casa.

—Como queráis. Después de todo, no hay inconveniente en que así se haga, pues caso de peligro, poco tardaríais en estar de nuevo aquí. Todo se reduce á dar unos cuantos pasos.

Transcurrieron dos días.

En el pueblo seguía reinando la más perfecta tranquilidad.

Claudia rehuía las ocasiones de ver á don Pedro.

Comprendiendo el comerciante lo disgustadas que hallábanse en la vivienda del familiar su esposa y su hija, y no queriendo tampoco seguir abusando de la hospitalidad de Andía, decidióse á instalarse de nuevo en su casa.

Así se lo hizo saber á don Pedro.

—Como queráis, amigo mío,—respondió éste.—La verdad es que no ha vuelto á hablarse de la llegada de las tropas.

—Y esas cosas suelen saberse con alguna anticipación.

—Desde luégo.

—Esta noche, por lo tanto, pasaremos á nuestra casa.

—Perfectamente.

Con efecto, don Pedro con su esposa é hija ocuparon de nuevo su casa de campo.

Claudia estaba muy pensativa.

Doña Isabel lo advirtió.

Al interrogar á su hija sobre los motivos de su preocupación, los ojos de la joven se inundaron de lágrimas.

—Pero ¿qué te sucede?—insistió doña Isabel.—¿Acaso no tienes ya confianza en tu madre?

—Sí. ¡No he de tenerla!

—Habla, pues. Estamos solas; nadie nos escucha.

Claudia no tenía costumbre de hacer á sus padres la menor ocultación.

Parecíala un crimen no decirles lo que habíale manifestado don Pedro.

A fin de acallar los escrúpulos de su conciencia, refirióle, pues, á su madre cuanto el familiar le había dicho.

La esposa del comerciante quedóse pensativa.

—Claudia, —la dijo, —has obrado con mucha cordura al responder á ese caballero como lo has hecho. Ahora que no nos oye tu padre, te confieso que ese hombre me inspira miedo, y no debe proceder con buena fe cuando aprovechó el encontrarte á solas para declararte su pasión.

—Es cierto.

—Es necesario, por lo tanto, que rehuyas las ocasiones de verle.

—Lo haré, y me complace lo que me aconsejas. Desde que conocí á ese hombre me ha sido antipático.

Doña Isabel dudó algunos instantes sobre el partido que debía tomar.

—Lo más conveniente, —se dijo, —será decirle á mi esposo cuanto sucede.

Y tomada esta resolución, doña Isabel dirigióse al aposento de su marido.

Don Ramón estaba escribiendo.

Al sentir el rumor que producían los pasos de su esposa, levantó la cabeza, fijando una mirada en ella.

Doña Isabel cerró la puerta del aposento.

Luégo sentóse junto á Espinosa.

—Ramón, —le dijo, —vengo para que hablemos extensamente.

—Te escucho, pues.

—¿Cuáles son tus propósitos respecto á nuestra permanencia en esta casa?

—Por ahora no pienso que la dejemos. Ya sabes lo

que ocurre, y no quiero exponeros ni exponerme á un grave disgusto.

—¿De modo que tu proyecto es permanecer aquí algún tiempo más?

—Aunque sea todo el invierno.

—Bien, Ramón, no trataré de contrariarte en lo más mínimo, pero debo hacerte una advertencia.

—¿Cuál?

—Convienes, supuesto que hemos de continuar en esta casa, que evites en lo posible que don Pedro venga á visitarnos con la frecuencia que lo hace.

Espinosa no pudo reprimir un movimiento de disgusto.

—¡Qué manía tan infundada has tomado á nuestro vecino! Creí que con el noble comportamiento que tuvo hace poco con nosotros, habrías modificado tus opiniones.

—Te confieso que no.

—¿Negarás que nos ha hecho un favor al admitirnos en su casa?

—Ramón, lo creí por un momento, pero ahora estoy convencida de lo contrario.

—¿Qué motivos tienes para pensar así?

—Te los diré.

—Habla.

—Don Pedro ama á nuestra hija.

—¡Qué disparate!

—Cuando te lo aseguro es porque lo sé con certeza.

—¡Vamos, eso es una locura!

—Sabe que cuando estábamos en su casa, don Pedro, aprovechando un momento en que Claudia se hallaba sola en el jardín, la declaró su amor.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nuestra hija.

—¡Cosas de chicas! La diría cualquier frase que su inocencia interpretó mal.

—No, Ramón, no te obceques.

—Y aun suponiendo que fuese cierto lo que dices, ¿es un motivo que don Pedro ame á nuestra hija para que le hagamos un desprecio hasta el punto de negarle nuestra amistad?

—Ramón, no es ese hombre el que conviene á nuestra querida Claudia.

—No sé por qué.

—A mí no me gusta. Hay algo en él que me le hace antipático, y á nuestra hija le sucede lo mismo.

—Tú tienes la culpa.

—¿Yo?

—Sí, Isabel; Claudia es casi una niña; no se deja llevar más que por nuestros consejos. Si no le hubieses hablado en contra de nuestro vecino, le apreciaría.

—No lo creas. Acuérdate que cuando le conoció fué la primera en manifestar su disgusto.

—Genialidades de mujeres, de las que jamás hice caso.

Y don Ramón no volvió á ocuparse de este asunto.

Entre tanto, don Pedro sentía acentuarse sus deseos hacia Claudia.

Creviendo que su pasión pudiera disiparse con la ausencia, pensó en un principio regresar á Madrid.

Cierto que por entonces se hablaba del ascendiente que iba teniendo cerca del rey el duque de Uceda, llamado á destituir del poder al de Lerma, de que era el satélite don Pedro de Andía.

Este presentóse una tarde en la casa del comerciante.

—Amigo mío,—le dijo,—tengo que comunicaros una nueva desagradable.

—¿Pues cómo?

—Los acontecimientos políticos de la corte me obligan á separarme de vos.

—¿Partís á Madrid?

—Sí, amigo mío. Aseguran que el duque de Lerma dejará pronto de ser ministro; y distinguiéndome como me distingue con su amistad, me parece muy justo hallarme á su lado en momentos tan críticos.

—¡Es natural!

—¡Parece imposible que las intrigas puedan llegar hasta el punto de hacer que desaparezca la estimación que el monarca profesaba al duque!

—Con efecto, el de Lerma ha sido mucho tiempo el verdadero soberano.

—Lo merece por su talento.

—Y ¿cuándo pensáis partir?

—Mañana mismo.

— ¡Ah don Pedro! ¡Cuánto he de echar de menos vuestra compañía!

— Lo mismo que yo.

— Aun vos os dirigís á la corte, donde tendréis numerosos amigos; pero yo me quedo en el fondo de este pueblo.

— ¿Cuándo pensáis regresar á Valencia?

— Por ahora no me atrevo.

— Hacéis perfectamente. Me consta que el peligro no ha cesado, y sería una temeridad que os expusieseis á las más tristes consecuencias. Yo, como acabo de deciros, vuelvo á la corte: desde allí os escribiré manifestándoos lo que se piensa respecto á los que se hallan en vuestras condiciones.

-- Bien, don Pedro.

— Excuso deciros que he de interponer toda mi influencia á fin de evitaros cualquier contrariedad.

Esta promesa concluyó de hacer simpático á aquel hombre á los ojos del comerciante.

Hubiera hecho por él cualquier sacrificio, creyéndole el más leal de sus amigos.

— Sin embargo, — prosiguió Andía, — es mi deber hablaros con entera franqueza. No hacerlo sería una prueba de poca amistad.

— Cierto.

— El peligro acrecienta de una manera considerable. Turigi, el opulento morisco que se hallaba al frente de la insurrección, ha caído en poder de las tropas del rey. No ignoráis que Turigi es cristiano; pero como

ha hecho armas contra las disposiciones del monarca, tanto él como otros muchos, en cuyo caso os encontraréis, no se hallan exentos de peligro. Turigi será ahorcado, y es una lástima que vos, que poseéis una buena fortuna, no hayáis partido lejos de España.

—¡Ya me lo aconsejó un amigo!

—En fin, ¡quién sabe! Yo en la corte haré cuanto pueda por evitaros una desgracia. Ya sabéis lo que os aprecio. Al lado del favorito de su majestad he de saber necesariamente el giro que toman las cosas, y os tendré al tanto de ellas.

El comerciante quedóse pensativo.

Empezaba á pesarle no haber abandonado España, como aconsejóle su amigo Santiago.





CAPITULO XLII

Donde Andía empieza á desarrollar su infame proyecto.



El siguiente día don Pedro levantóse más temprano que de costumbre.

Tristán penetró en su aposento, llevándole el desayuno.

Iba á alejarse, cuando el familiar le llamó.

—Tristán,—le dijo,— es necesario que hoy mismo te dirijas á Játiva. Ya sabes que en aquella ciudad posee mi hermano una hermosa casa de campo, que no disfruta desde hace muchísimo tiempo.

—Es verdad.

—Una vez allí, le manifiestas al guarda que muy en breve iré á pasar una temporada.

—Corriente, don Pedro.

Andía emprendió aquella misma tarde su viaje; pero en vez de dirigirse á la corte, como habíale asegurado á su vecino, tomó el camino de Valencia.

—Es necesario que Claudia sea mía,—decíase arrellanándose en el asiento del vehículo;—y para conseguirlo, necesito tomar una resolución enérgica. La venda que cubre los ojos del comerciante no tardará en caer, y entonces todos mis proyectos fracasarían. La madre de Claudia me mira con cierta aversión. Son dos rémoras que es preciso que desaparezcan, y nada más fácil de conseguir.

Apenas llegó don Pedro á Valencia, instalóse en una hostería.

En ella supo que la persecución á los moriscos, no solamente no había cesado, sino que se acentuaba por momentos.

El familiar celebró esta circunstancia, que favorecía sus deseos.

No quiso perder tiempo para poner en práctica sus infames propósitos, y dirigióse á la casa de don Juan de Miranda, que era una de las personas comisionadas por el rey á fin de que se cumpliese lo dispuesto en la pragmática de expulsión.

Don Juan de Miranda recibió perfectamente al familiar del Santo Oficio.

Éste entró de lleno en la cuestión.

—Me consta, —le dijo, —que á pocas leguas de aquí se halla oculta una familia de moriscos muy conoci-

dos en esta ciudad, por ser el cabeza de ella uno de los más opulentos comerciantes.

—Es necesario confiscar sus bienes y obligarles á salir de España.

—Por eso he venido á comunicaros que me consta su paradero.

—Que nos designaréis.

Desde luégo.

—Bien, don Pedro. Será un nuevo servicio que tendríamos que agradeceros.

Don Juan de Miranda, don Pedro y algunos soldados y alguaciles salieron al siguiente dia hacia el pueblo en que se hallaba el comerciante.

El familiar, que montaba un soberbio caballo, refrenólo una legua antes de llegar al pueblo; y fijando sus ojos en Miranda, dijo:

—Amigo mío, no creo necesario que yo os acompañe hasta la misma casa en que vive la familia á quien vais á prender. Goza ésta de la estimación de muchas personas del pueblo, y no me conviene crearme enemistades.

—Perfectamente. Basta con que me indiquéis las señas de la casa.

—No tiene pérdida. Decís á cualquiera que os indique un caserón que denominan la *Morada del Diablo*. Enfrente de ese sombrío edificio hay una casa circuida por un jardín. Esa es.

El familiar despidióse de Miranda; é hiriendo con la espuela los ijares de su caballo, partió á galope.

Su propósito, como habrán comprendido nuestros lectores, era llegar al pueblo antes que los soldados.

Esto tenía necesariamente que suceder, pues don Juan de Miranda era el único que iba á caballo.

Los soldados y alguaciles, como se trataba de un trayecto de dos leguas, habían salido á pie de la ciudad.

Andía llegó á su casa.

Tristán había regresado de su viaje.

—¿Hiciste mi encargo? —le preguntó don Pedro.

—Todo está dispuesto. Vi en Játiva á Sebastián.

—Pues ahora dispón un carruaje con toda urgencia, y espera con él detrás de esta casa.

Don Pedro dirigióse algunos momentos después á la casa del comerciante.

Como era una hora avanzada de la noche, sorprendióse Espinosa al oír un aldabonazo.

Inmediatamente abandonó el lecho, asomándose al postigo.

—Abrid, — dijo el conocido acento de don Pedro.

Un instante después don Ramón abría la puerta.

—Amigo mío, — exclamó el familiar, — es necesario que toméis toda clase de precauciones.

—¿Qué sucede?

—Me consta que va á practicarse un registro.

—Pero ¿esta misma noche?

—Dentro de un momento. La tropa se acerca.

—¡Ay, Dios mío! ¡Mi pobre Isabel, mi infeliz Claudia! ¡Si al menos estuviésemos en vuestra casa, como la otra vez!

—¡Ya lo creo! Entonces no había peligro.

—Y ya no habrá medio.

—¡Quién sabe!

—Al menos mi esposa y mi hija...

A este punto llegaba la conversación, cuando abrióse la puerta, dando paso á la hija del comerciante.

La joven había abandonado su lecho al oír el alda-bonazo.

—¿Qué ocurre, padre?

—Ya os lo explicaré. Vamos á ocultaros en mi casa, —dijo Andía. —Seguidme, señorita. No hay tiempo que perder.

—Pero ¿y Isabel? —preguntó don Ramón.

—Decidla que se disponga inmediatamente, y pasad con ella á mi casa. No se puede perder un momento.

—Padre, —dijo Claudia, —yo espero.

—De ningún modo. Sigue á don Pedro. En seguida iremos á reunirnos contigo.

Claudia vaciló algunos momentos.

Andía ofrecióla su brazo, que la joven aceptó maquinalmente.

—¡Por Dios, —dijo el familiar, —no os detengáis!

Y dirigióse con Claudia hacia la puerta.

El carruaje esperaba en el sitio convenido.

—Entrad, —dijo don Pedro, —haciendo á Tristán, que ocupaba el pescante, una seña significativa.

Claudia vaciló. Andía entonces empujóla al interior del carruaje, repitiendo:

—No hay tiempo que perder.

La joven no dábase cuenta de lo que ocurría á su alrededor.

Cuando Tristán hizo restallar la fusta y los caballos se pusieron en movimiento, Claudia fijó sus ojos en Andía, dirigiéndole esta pregunta:

—Pero, decidme, caballero, ¿adónde vamos? ¿No habéis quedado en que mis padres se nos reunirían?

—Con efecto, pero no os inquietéis. Vuestros padres se encontrarán pronto libres de todo peligro.

—¿No asegurabais lo contrario hace un instante?

Andía no supo qué contestar.

Por toda respuesta, una sonrisa dibujóse en sus labios, y encogióse de hombros.

Claudia, intranquila con aquella contestación, sintió aumentar su zozobra.

Quiso apearse, pero don Pedro se lo impidió

Presentía un grave riesgo, pero sin darse cuenta exacta de él.

El familiar no apartaba sus ojos de la joven.

Sus pupilas despedían brillantes irradiaciones.

¡Qué hermosa estaba Claudia!

Un rayo de luz penetraba por la ventanilla del carruaje, besando los cabellos de la joven.

La palidez que se esparcía por su rostro alabastrino prestaba más encantos á su natural hermosura.

Reclinada con negligencia en el almohadón del carruaje, parecía la imagen de la candidez y la belleza.

Don Pedro no pudo sofocar su impaciencia.

Instintivamente fué aproximándose á la joven; y rodeando su esbelta cintura con uno de sus brazos, quiso atraerla hacia su pecho.

Peró Claudia le rechazó bruscamente.

Sus mejillas, pálidas como la nieve, cubriéronse súbitamente de un vivo carmín, y dirigióle al libertino una mirada de enojo.

Andía no desistió por esto de su empeño.

Parecía un sátiro animado por la presencia gentil de una ninfa.

—¡Te amo! — murmuró.

Y haciendo un esfuerzo para vencer la resistencia de la joven, estampó un apasionado beso en los purpurinos labios de la hija del comerciante.

Esta, al sentir el ardoroso contacto de aquella boca, lanzó un grito, ocultando su rostro entre las manos.

Acababa de comprender cuál era su horrible situación.





CAPITULO XLIII

El halcón y la paloma.



EJEMOS por algunos momentos á don Pedro de Andía y á la hija del comerciante, y volvamos á la casa de éste y de su esposa.

Apenas quedóse solo don Ramón, confiado en que su hija estaba salva desde el instante en que acompañábala el familiar, el morisco dirigióse al aposento de doña Isabel.

Ésta había abandonado su lecho y disponíase á reunirse con su marido.

—¿Qué sucede?—preguntó con acento tembloroso.

—He oído un fuerte aldabonazo. ¿Quién era?

—No se puede perder un instante. Vamonos, esposa mía, toma mi brazo y huyamos.

—Pero ¿qué ocurre?

—No me lo preguntes ahora. Ya te lo explicaré.

—¿Has despertado á nuestra hija?

—Claudia ya está libre del peligro que nos amenaza.

—No comprendo.

—No te ocupes de ella.

—¡Como si eso fuera posible!

—¿Dudas en hacerlo cuando te afirmo que puedes estar tranquila?

—Pero dime lo que sucede. No saldré de esta casa sin saberlo.

Don Ramón hirió el pavimento con el pie.

—¡Qué terquedad! El que ha llamado era mi amigo Andía.

—¿Qué deseaba ese hombre á semejantes horas?

—Como siempre, vino á hacernos un favor.

La esposa del comerciante hizo un movimiento que expresaba su desagrado.

Don Ramón continuó:

—Sorprendíme al verle y me apresuré á franquearle la puerta.

—Continúa.

—Don Pedro me manifestaba un instante después que van á practicar un nuevo registro en este pueblo, y que no debíamos perder un momento para apelar á la fuga.

—Y ¿dónde se halla don Pedro?

—En su casa con nuestra hija.

— Desgraciado! ¡qué has hecho!

—¿Ibá á dejar que nuestros perseguidores se apoderasen de ella? Ahora iremos en su busca. Me parece que oigo rumores de pasos.

—¡Ay, Ramón, quiera Dios que no nos pese la confianza que has depositado en ese hombre!

—¡Siempre lo mismo!

—En fin, ya no hay remedio.

—Huyamos, pues. Han llamado de nuevo. No cabe duda que es nuestro vecino, que vuelve por nosotros.

Y Espinosa se asomó á una ventana.

—¡Maldición! —exclamó retrocediendo.

—¿Qué sucede?

—Los que han llamado son nuestros perseguidores.

—¡Dios mío! —exclamó doña Isabel cruzando las manos y dirigiendo una mirada al cielo

—Ocultémonos, Isabel.

—Pero ¿dónde?

—En cualquier parte. Es posible que mientras echan abajo la puerta y registran la casa, regrese nuestro amigo y pueda evitar nuestra desgracia.

—No. ¡Parece imposible que seas tan cándido! Todo ha sido un miserable ardid de ese hombre para robarnos á nuestra idolatrada hija.

—¡Calla, Isabel!

—No lo dudes. Como tu corazón es tan noble, no concibe que haya seres tan infames.

Don Ramón apoderóse de una de las manos de su esposa.

—Anda, Isabel, sígueme. ¡Ocultémonos, por Dios!

—¡Qué me importan cuantas desgracias puedan sobrevenirnos, si nos han robado á Claudia!

Oyóse un nuevo aldabonazo mucho más fuerte que el primero.

Entonces Espinosa obligó á doña Isabel á que se apoyase en su brazo, y aventuróse con ella por la angosta escalera que conducía al desván.

—Sube,—la dijo con acento enérgico.

—¿Y tú?

—Volveré en seguida. Quiero prevenirme contra esos infames.

Y dirigiéndose á su aposento, cogió una pistola.

Un instante después hallábase en el desván con su esposa.

Don Juan Miranda, viendo que nadie respondía á su llamamiento, dió orden á los soldados para que echasen abajo la puerta.

Había tenido la precaución de dejar á varios alguaciles junto á la verja del jardín.

La cerradura saltó hecha pedazos.

Don Ramón y su esposa oyeron el ruido que produjo al romperse.

El primero sostenía con la temblorosa diestra la pistola montada.

—¡Por Dios, Ramón, qué vas á hacer!—decíale su esposa.

—Defenderte y vender cara la vida.

—Pero es una temeridad. No conseguirás sino perderte.

El comerciante no atendió al consejo.

Estaba desesperado.

Los alguaciles, seguidos de don Juan de Miranda, fueron registrando todas las habitaciones con la mayor escrupulosidad.

—No cabe duda que se hallan arriba, —dijeron algunos.

Y se aventuraron por la escalera.

La puerta que conducía al desván estaba cerrada con llave.

—¡Abrid en nombre del rey!—ordenó Miranda.

—¡Nunca!—respondió Espinosa colocándose delante de doña Isabel.

La puerta no tardó en salir de su cerco, rota por los goznes, que hallábanse medio destruidos por la humedad.

Entonces don Ramón hizo fuego.

Miranda y los que le acompañaban retrocedieron algunos pasos.

El proyectil no había herido á ninguno.

Rehechos de la sorpresa, lanzáronse sobre el comerciante, que sostuvo una desesperada lucha.

Uno de los soldados le asestó en la cabeza un fuerte golpe con la culata de su arcabuz.

Don Ramón vaciló un momento, cayendo luégo.

La sangre brotaba de una ancha herida, enrojeciendo su rostro.

Dos alguaciles se encargaron de conducirle, transportándole al piso principal.

Otros dos maniataron á doña Isabel, que estaba inmóvil como una estatua.

Al siguiente día, como la gravedad de don Ramón impedíale hacer el viaje á Valencia de otro modo fué colocado en el interior de un carruaje, permitiéndole que le acompañara su esposa.

Esta no cesaba de pensar en su hija.

Cada vez afirmábase más en la verdad de los hechos; esto es, en que don Pedro habíales hecho traición, siendo el origen de todas sus desventuras.

Una nueva desgracia les esperaba.

Doña Isabel fué conducida á la playa con otros muchos moriscos que habian estado rehacios en el cumplimiento de la pragmática.

En cuanto á su esposo, debía permanecer en Valencia por dos razones.

Primero, porque el mal estado de su salud no le permitía abandonar su inmundo camastro de la cárcel.

Y además, porque, como había hecho armas contra la justicia, los tribunales tenían que juzgarle por este grave delito.

Ya comprenderán nuestros lectores la horrible aflicción de doña Isabel.

Ignoraba el paradero de su hija, sabiendo además que á su querido esposo le aguardaba la muerte.

Inútiles fueron sus ruegos afirmando que era cristiana. Sus súplicas se estrellaban contra la inflexibilidad de sus jueces.

Una vez en la playa, la hicieron penetrar en un esquife que la condujo á bordo de un buque que debía dejarla en las costas de Africa.

En cuanto al destino de don Ramón, fué más horrible, pero más breve.

Cuando estuvo convaleciente se le siguió proceso, condenándole á morir ahorcado por resistencia á la autoridad.

Así acabó aquel honrado comerciante.

Mientras estos dramas se desenvolvían en Valencia, veamos lo que ocurría en la ciudad de Játiva.

La quinta del hermano de don Pedro era verdaderamente encantadora.

La casa, ó mejor dicho el palacio, constaba de dos pisos y un mirador, desde el que se gozaba de los más hermosos panoramas.

El jardín era muy extenso, habiendo en él fuentes, cenadores y cuanto contribuye á embellecer estos lugares.

Cuando el carruaje que conducía á Claudia y al familiar se detuvo junto á la puerta del edificio, la joven se hallaba más tranquila.

Don Pedro habíala asegurado que en aquella casa encontraría á sus padres.

El guarda salió á recibir al hermano de su señor.

Este echó pie á tierra, dando la mano á la joven para que se apease.

La hija del guarda era una linda muchacha que desde luégo se captó las simpatías de Claudia.

Grande fué la sorpresa de ésta al ver que sus padres no estaban allí.

—No os impacientéis, —la dijo don Pedro.—Se habrán retrasado; pero no dudéis que muy en breve llegarán.

La estancia que Andía destinó á la hija del comerciante era encantadora.

Sus dos ventanas caían sobre el extenso parque.

El mobiliario era tan elegante como lujoso.

La joven dió por el jardín un largo paseo.

Necesitaba respirar el aire libre.

Transcurrió el día.

La impaciencia de Claudia aumentaba por instantes.

Empezaba á comprender su triste situación.

Llegó el crepúsculo, envolviendo la tierra en sus misteriosos velos.

Entonces Claudia, reclinándose en un diván, dió rienda suelta á su llanto.

¡Qué hermosa estaba!

Las lágrimas temblaban en sus largas pestañas como brillantes gotas de rocío en los pétalos de una flor.

Hallábase ensimismada en sus pensamientos, cuando se levantó la cortina de terciopelo que cubría la puerta, dando paso al familiar.

Claudia se estremeció.

Don Pedro fijó en ella sus ojos, que despedían relámpagos de deseos.

Acercóse á la joven, sentándose á su lado.

La hija del comerciante quiso levantarse; pero Andía se lo impidió, apoderándose de una de sus manos.

—Claudia, —la dijo procurando dar á su acento las inflexiones más dulces, —ha llegado el momento de que hablemos con entera libertad. Estás en mi casa, nadie nos escucha. Quiero pedirte perdón, y no dudo alcanzarlo cuando sepas los móviles que me han impulsado á traerte aquí.

Claudia bajó los ojos.

Estaba absorta al ver la familiaridad con que la trataba aquel hombre.

—En otra ocasión, —prosiguió don Pedro, —te dije que te amaba, y era verdad. Has sabido despertar en mi alma una de esas pasiones que no se extinguen más que con la vida del que las experimenta. Tú me respondiste con cierto desdén, pero no me sorprendió. Quizás era la primera vez que llegaban á tus oídos palabras de amor. ¿No es cierto?

La joven hizo un movimiento afirmativo.

—Ahora bien, Claudia, —prosiguió Andía con creciente entusiasmo, —yo te repito ahora lo mucho que te quiero. La vida sin ti me parece un infierno; en

cambio á tu lado se convierte en un paraíso. Sé lo que vas á responderme; esto es, que no me amas, que te inspiro cierta aversión; pero te aseguro que muy en breve se habrán disipado las malas impresiones que te produce mi compañía. Eres buena, no eres ingrata, y he de darte tantas y tan repetidas pruebas de mi amor, que no es posible que no te inspire compasión.

—Pero ¿y mis padres? ¿cómo no llegan? ¿No me asegurasteis que los encontraría aquí?

—Eso te dije, Claudia.

—¿Y no es cierto que vendrán pronto?

—Ya te he dicho antes que había llegado el momento de decirte la verdad, y debo cumplirte mi palabra.

—Hablad, pues.

—Tus padres no vendrán aquí. Ignoran tu paradero.

—¡Qué infamia!

—Temía que tu aversión hacia mí debilitase el afecto que me profesa tu padre, y que no solamente me negara tu mano, sino que hasta me privase de verte.

—¡Ah don Pedro! ¡Nunca lo hubiera creído de vos! ¡Sois un infame!

—Ya te he dicho que te amo, y esto justifica mis acciones.

—Nunca.

—Si me correspondes, si con el trato te convences de la sinceridad de mi amor, entonces volverás al lado de tus padres, y nos uniremos con el sagrado lazo del matrimonio.

Claudia guardó silencio.

Sabía que cuantos ruegos dirigiese al familiar habían de ser inútiles.

—Ahora, Claudia, —prosiguió don Pedro, —voy á llamar á tu doncella para que te acompañe á tu habitación. Debes estar fatigada.

—No dormiré.

—¿Por qué no? Las lágrimas llaman al sueño, y hoy has vertido muchas.

El familiar llamó á la hija del guarda.

Era una linda joven de diez y nueve años, llamada Rosa.

—Acompaña á la señorita á su aposento, —ordenó el familiar.

Rosa dirigió á la joven una mirada mientras asomaba á sus labios una amable sonrisa.

Claudia no tenía sueño.

Sin embargo, decidióse á aceptar el consejo de Andía, aunque no fuera más que por alejarse de él.

—Hasta mañana, —dijo don Pedro.

La joven no respondió sino con una mirada de desprecio.

Un instante después Claudia penetraba en su lujoso aposento seguida de la doncella.

—¿Vais á acostaros? —preguntó Rosa.

—No; prefiero pasar la noche en este sofá.

—Como gustéis. Pero os convendría el descanso.

—¡El descanso!— repitió la joven.—¡Como si fuese posible que yo descansase!

Rosa fijó de nuevo una mirada en su señorita.

Parecía adivinar lo que la sucedía.

—¿Mandáis algo?— la preguntó.

—No quiero que me dejes sola. Tengo miedo.

—¿Miedo?

—Sí, Rosa.

—Pues hacéis mal. Aunque esta casa está situada en los alrededores de la ciudad, nunca ocurre nada malo.

No obstante.

—Os acompañaré con mucho gusto.

—Siento molestarte, pero...

—De ningún modo. No me ocasionáis la más pequeña molestia.

Las jóvenes habían formado el propósito de pasar la noche juntas, pero no lo consiguieron.

Suponiendo el familiar la súplica que había hecho Claudia á la doncella, apresuróse á enviar al aposento de la hija del comerciante á la esposa del guarda, para que manifestase á Rosa que su padre reclamaba su presencia.

—¿Volverás?— preguntó Claudia.

—En seguida.

Y Rosa salió de la estancia.

Apenas quedóse sola nuestra protagonista, abrióse de nuevo la puerta de la habitación, dando paso al familiar Andía.

Claudia abandonó súbitamente el asiento que ocupaba.

Don Pedro cerró la puerta, corriendo el cerrojo. Su rostro, generalmente lívido, estaba cubierto de un vivo escarlata.

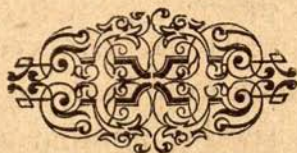
Sus ojos brillaban.

Parecía el tigre que acecha á la inocente gacela.

Hubo una lucha breve, porque las fuerzas eran desiguales.

La casta paloma manchó su blanco plumaje.

El sañudo gavilán consiguió apoderarse de su víctima.





CAPITULO XLIV

Con rumbo á España.

El esposo de Zobeida guardó silencio algunos instantes.

Don Juan de Zúñiga, que había escuchado la anterior historia sin interrumpirle, fijó sus negros ojos en el caudillo.

—Ahora comprendo vuestra profunda aversión,—le dijo;—pero si ese miserable familiar portóse tan infamemente con vuestros antepasados, no debéis juzgar por él de la conducta de todos los cristianos.



—Es cierto, capitán,—respondió Alí;—pero aun no he terminado de referiros las desgracias que sobrevinieron á mis mayores por la realización del torpe capricho de don Pedro.

—Proseguid, pues, la historia que me habéis referido. Me interesa, y deseo conocerla hasta el final, ya que me dais esa prueba de confianza.

—Os la merecéis.

—Mil gracias. Os escucho.

—La desventurada Claudia no cesaba de pensar en sus queridos padres, —prosiguió Alf. —Hay que tener en cuenta lo triste de su situación. Hallábase en poder de un hombre que le era odioso. Únicamente tenía á su lado á Rosa, á quien no tardó en profesar un verdadero afecto. Cierto es que la hija del guarda la correspondía. Gracias á esta joven, consiguió Claudia verse libre del infame que la esclavizaba.

—¿Luego consiguió fugarse de Játiva?

—Sí, don Juan; pero no por esto cesaron las desventuras de la infeliz.

—Pues ¿qué sucedió?

—Su razón habíasé perturbado al hallarse fuera de su elemento, que era la pureza y la virtud.

—¡Pobre muchacha!

—Rosa, aprovechando unos días en que don Pedro se hallaba ausente, facilitó á Claudia los medios de salir de aquella casa, huyendo de su verdugo.

—¿Y se dirigiría á Africa?

—Claudia llegó á la playa en el momento en que estaban embarcándose varios moriscos. Como se negasen á admitirla, dijo quién era, y apresuráronse á hacer que entrase en un esquife.

Algún tiempo pasó hasta encontrar á doña Isabel.



Cuando supo el desastroso fin que había tenido su padre, acentuóse su locura, que no la abandonó hasta la muerte.

Alí guardó de nuevo silencio.

Había terminado su historia.

—¿Comprendéis ahora, —dijo después de algunos momentos, —por qué he dudado en responderos á la pregunta que me hicisteis? La odiosidad á los cristianos fué transmitiéndose en mi familia de padres á hijos.

—Se comprende.

—Mis antepasados eran cristianos, yo lo hubiese sido indudablemente; pero cuando recuerdo que esta religión era el antifaz con que cubríase don Pedro de Andía, vacilo en aceptarla.

—Don Pedro era un infame, pero no todos los católicos somos lo mismo.

—Prueba de que opino como vos, que me he casado con Zobeida, que es cristiana y posee un talento y una virtud con los que me hace completamente dichoso.

Las mejillas de Zobeida se colorearon al oír las alabanzas de que era objeto.

Luégo dirigióle á su marido una mirada, mientras en sus carmíneos labios dibujóse una sonrisa.

—Hé aquí nuestra historia, —dijo la joven, á quien un rasgo de modestia hacía sentir el deseo de que no se ocupasen de su persona.—Por lo demás, desde que vivimos en Argel nuestra vida se ha deslizado

como un dulce sueño, como una cadena de flores, en la que eslabónase una ventura con otra.

—No lo dudo.

—La única preocupación que teníamos era nuestra enemistad con Muley, y éste ha dejado de existir.

—También era hijo de Valencia.

—Lo sé.

Aquella noche, á fin de obsequiar á Zúñiga, Alí dispuso que se iluminasen los cármes de su palacio.

Presentaban éstos una perspectiva verdaderamente maravillosa.

Las esclavas de Zobeida cantaron y bailaron al son de las guzlas.

—Me habéis prometido que permaneceréis unos días con nosotros,— dijo Alí á don Juan.

—Y os cumpliré mi promesa, aunque haciéndoos una súplica.

—¿Qué deseáis?

—Me encuentro perfectamente en vuestra compañía; pero no os negaré que me conviene regresar á España cuanto antes sea posible.

—En ese caso no os detendré más que tres ó cuatro días, que invertiremos en cazar si os agrada este ejercicio.

—¡Cómo no ha de agradarme la imagen de la guerra!

—Terminada la cacería, uno de mis buques os conducirá al puerto de España que más os convenga.

—Mil gracias, Alí.

—Nunca haré lo bastante para demostraros mi agradecimiento.

Aquel mismo día don Juan hizo que se presentase en su estancia el renegado Amet.

—Amigo mío,—le dijo con la más cariñosa solicitud,—os he hecho una promesa, y es necesario que no perdamos el tiempo. Yo deseo regresar á mi país.

—Y yo también, para dar un abrazo á mis queridos padres.

—¿Cuándo queréis que emprendamos la marcha?

—Yo no saldré de aquí hasta que conozca el paradero de mi hermana.

—¿Y si esto no se consigue?

—En ese caso moriré en Argel.

—Haremos cuanto sea posible por encontrar á María.

—Don Juan, debo, sin embargo, haceros una advertencia: no llega mi egoísmo hasta el punto de imponeros el sacrificio de que permanezcáis aquí indefinidamente.

—Te lo he prometido.

—No importa. Vos, como es natural, deseáis volver á España. Aquí nada puede llamar vuestra atención. Durante vuestra cacería iré á visitar al alfaquí de que os he hablado en distintas ocasiones. Si él me da razón del paradero de mi hermana, juntos regresaremos á Valencia, donde os invito á que paséis una temporada en la casa de mis padres.

—Acepto con sumo gusto.

— Si mis deseos no se realizan y no encuentro á María, entonces emprended solo el viaje.

—¿Pero?...

—Don Juan, hoy, gracias á vos, soy completamente libre: puedo, por lo tanto, hacer gestiones para encontrar á mi hermana. Me habéis pagado con creces el pequeño servicio que os hice.

—Sea como quieras. No insisto en hacer que cambies de propósito, porque es muy justo, y no conseguiría tampoco mi objeto.

Al siguiente día, Zúñiga, acompañado de Ali, de Abul Cazín, de Zobeida y un considerable número de esclavos, dirigióse á uno de los bosques del caudillo.

Amet emprendió su viaje hacia la morada del alfaquí.

Soberbia fué la cacería.

El esposo de Zobeida era hombre que sabía hacer bien las cosas.

Cinco días duró la expedición.

Al cabo de ellos, los cazadores regresaron al palacio del opulento musulmán.

—Ahora,—dijo Zúñiga,—supongo que no os opondréis á que parta.

—Mucho lo siento, pero no os diré una palabra en contra de vuestro deseo. Si algún día la casualidad ó los azares de la fortuna os hiciesen volver á este país, sabéis que soy vuestro amigo y que habéis de encon-

trar esta casa á vuestra disposición. ¿Cuándo partís?

—Mañana.

—Voy á dar orden para que dispongan el buque que ha de conducirnos.

—Perfectamente.

Alí salió de la estancia.

No habían pasado cinco minutos desde que Zúñiga quedóse solo, cuando abrióse de nuevo la puerta del aposento, dando paso á Gabriel.

El joven parecía hallarse muy pensativo.

Desde luégo comprendió don Juan que no había realizado sus aspiraciones.

—Todo ha sido inútil, ¿no es verdad? —preguntóle sin embargo.

—Sí, señor; el alfaquí ignora por completo el paradero de mi hermana. ¿Cuándo partís?

—Mañana, si no dispones otra cosa.

—En manera alguna. Dios os dé mejor suerte que á mí.

—¡Quién sabe, Gabriel, lo que aun te reserva el destino!

—Poco confío.

—No obstante, la esperanza es uno de los bienes que nos ha concedido Dios para que podamos sobrellevar las vicisitudes de la vida.

—¡Triste consuelo vivir de esperanzas que no han de realizarse jamás!

Al día siguiente apenas brillaron en el cielo los

primeros albores, don Juan, seguido de Ali, de Cazín y de Amet, salió del palacio, dirigiéndose hacia la playa.

La mañana estaba hermosísima.

Ni una nube alteraba la diafanidad del cielo.

El mar estaba tranquilo.

Sus leves ondas rompíanse en la arena, produciendo cadenciosos murmullos.

A lo lejos divisábase el buque que había de conducir á Zúñiga á su patria

Era éste un gallardo bergantín denominado *Simoun*, nombre que había recibido por su ligereza.

Don Juan alargó su mano al caudillo, que éste estrechó con efusión entre las suyas.

Luégo hizo lo propio con Cazín.

Cuatro remeros esperaban en un ésquife para conducir á Zúñiga á bordo del *Simoun*.

El joven se aproximó á Gabriel.

—¿No te decides á acompañarme?—le preguntó.

—¡Es imposible! Os veo partir con verdadera envidia, pero no saldré de Argel hasta que encuentre á mi hermana.

—Adiós, pues, amigo mío.

—Adiós, don Juan.

Zúñiga penetró en el esquife.

Este deslizábase poco después sobre las olas con una rapidez extraordinaria.

Amet y sus acompañantes siguieron al viajero con una mirada

Luégo retiráronse silenciosamente á su palacio.

En cuanto á don Juan, poco después llegaba junto al bergantín.

—Echad la escala, —dijo uno de los remeros.

Aquella orden ejecutóse en seguida.

Zúñiga aventuróse por la escala de cuerda, y pocos instantes despues hallábase sobre la cubierta del *Simoun*.

El capitán de éste era un joven argelino que simpatizó desde luégo con nuestro protagonista.

Cierto que Alí habíale recomendado mucho que le guardase las mayores consideraciones.

Como lo único que se esperaba era que llegase don Juan para partir, acercáronse los marineros al cabestrante, y acompañándose de ese grito monótono y cadente que emplean los hombres de mar para la ejecución de sus maniobras, procedieron á levar el ancla.

Ésta hallábase poco después fuera del agua y aferrábase en los garfios de sujeción.

El capitán dió otra orden.

Media docena de marinos de espaldas fornidas y brazos hercúleos perdiéronse entre las jarcias.

Desplegáronse las velas.

Como el viento era leve, fué preciso utilizar casi todo el aparejo.

El *Simoun* inclinóse gallardamente sobre babor.

Luégo irguióse, emprendiendo su marcha.

Zúñiga dirigió una última mirada á la costa argelina.

No esperaba volver á visitar aquel país, donde, después de todo, su buena fortuna no habíale abandonado.

Vió perderse á lo lejos la silueta de Alí, de Cazín y de Amet.

—¡Pobre joven! — exclamó refiriéndose á este último. — Hubiera deseado que me acompañase.

La costa fué perdiéndose de vista.

El *Simoun* avanzaba sobre las olas como el terrible viento que recibe este nombre sobre las blancas arenas del Sahara.

Era un hermoso buque, de casco estrecho y largo, de gracioso velamen y de mástiles gallardos y finos como cañas.

Aquel día Zúñiga permaneció sobre la cubierta.

Agradábale contemplar las olas que estrellábanse contra el casco, produciendo gratos murmullos y deshaciéndose en brillantes penachos de plata.





CAPITULO XLV

Combate y naufragio.



El capitán del *Simoun* era, como ya hemos dicho, un agradable joven.

Sus facciones tenían ese sello peculiar del Oriente, en que había nacido.

Sus negros ojos jamás se inclinaban al suelo.

Por el contrario, poseían una fijeza y una concentración que revelaban la energía de su carácter.

Su tez, morena naturalmente, era cobriza por la constante acción del cierzo.

El capitán habíase pasado la mayor parte de su existencia navegando.

Para él, el mejor concierto era el silbido lúgubre que produce el viento al pasar entre las jarcias, ó el rudo redoble del trueno repercutido por las dilatadas extensiones del piélago azul.

Este era el capitán del bergantín pirata; esto es, un hombre que por su carácter tenía necesariamente que congeniar con el de Zúñiga.

Aquella noche el pirata invitó á comer en su camarote.

Sentados junto á la mesa, Zúñiga preguntó:

—Decidme, capitán, ¿hacia qué puerto de España nos dirigimos?

—Si os parece, —respondióle el interpelado, —echaremos el áncora antes de entrar en la bahía gaditana.

—Muy bien.

—Desde allí os conducirá un esquife á tierra. Este viaje lo verificaréis de noche para evitar peligros.

—Como queráis.

—Los españoles, —prosiguió el capitán, —nunca han tenido grandes simpatías hacia nosotros; pero de algún tiempo á esta parte su odio es más acendrado.

—Capitán, si no temiese herir vuestra susceptibilidad patriótica, y me dejase llevar de la ruda franqueza que me caracteriza, os diría una cosa.

—Hablad.

—Las costas valencianas están sacrificadas por los hijos de Argel: no se pasan muchos meses sin que caigan sobre ellas.

—Es cierto. Ésta es la justa venganza de lo que

siempre hicieron con nosotros los cristianos. Registrad los anales de nuestra historia. Nos expulsaron del reino granadino, más tarde de Valencia. En una palabra, hemos sufrido todo género de vejaciones.

Zúñiga no tenía deseos de entablar una discusión.

Además, cuanto el capitán acababa de decirle era cierto.

A este punto llegaba el diálogo, cuando presentóse el segundo.

—Capitán, —dijo,— por barlovento se descubre un buque.

El joven hizo un movimiento que expresaba su disgusto.

—Un capitán, —dijo,— es un esclavo de su deber. Mucho siento dejaros solo un instante, pero tengo que subir al puente.

—Si lo permitís, os acompañaré.

—Con sumo gusto.

Ambos salieron de la cámara, dirigiéndose á la cubierta por una de las escotillas de popa.

El capitán, una vez en el puente, examinó el buque que habíanle arunciado con ayuda del anteojo.

En cuanto á Zúñiga, apenas lo descubría, pues hallábase á una gran distancia.

—¡Hola, hola!—dijo el capitán.— Parece que nos han visto, y han cambiado de rumbo.

—¿Huyendo de nosotros?

—Al contrario.

—¿Tendremos combate?

—Es posible.

—Casi lo celebraría. ¿A qué nacionalidad pertenece el buque?

—Ostenta en su proa el pabellón español.

—¡Hola! Un compatriota. Entonces no hay que temer.

—¿Por qué?

—Todo se reduce á hacerles señas y que nos pongamos al habla.

—No seré yo quien apele á ese recurso tan comprometido.

—¿Creéis que habían de romper las hostilidades con un buque que conduce á un capitán español?

El pirata encogióse de hombros.

Luégo dijo:

—No, preferible es que larguemos el aparejo: trabajo ha de costarles alcanzarnos si así lo hacemos.

—Como queráis.

El buque español avanzaba hacia el *Simoun* con una rapidez extraordinaria.

—¿Sabéis,—dijo el pirata,—que he visto pocos barcos que tengan tan buenas condiciones veleras como ese bergantín?

—Con efecto. Paréceme un buen competidor del *Simoun*.

—¡A ver, muchachos, aumentad el aparejo!

Aquella orden fué ejecutada inmediatamente con esa prontitud que se verifican todas las maniobras marítimas

El capitán examinó el horizonte.

—Por fortuna,—dijo,—el tiempo está bueno.

Y apenas hubo pronunciado estas palabras arrugó el entrecejo.

Zúñiga comprendió que algo grave ocurría.

—¿Qué sucede, capitán?

—Por sotavento descubro otro buque que también ostenta el pabellón de España.

—¡Hola! Eso es grave. Vamos á tener que habérmolas con fuerzas superiores.

—Sí, no cabe duda: ambos nos han visto y se dirigen hacia nosotros. ¡A ver, muchachos, cargad los cañones y cada cual ocupe su puesto por lo que pueda acontecer!

—Hé aquí un verdadero compromiso,—dijo Zúñiga.

—¿Por qué?

—Se trata de batirse contra mis compatriotas, cosa que no he hecho jamás.

—Si tales reparos de conciencia tenéis, bajad á vuestro camarote.

—Eso nunca, capitán. Yo no permanezco inactivo cuando se bate el cobre.

Los buques enemigos avanzaban.

Particularmente el primero que habían visto los piratas, bogaba hacia el bergantín á toda vela.

—Va á echársenos encima. Por si es así, prepararemos las armas para el abordaje.

Y el capitán comunicó esta orden.

A bordo del *Simoun* reinaba ese silencio profundo

que se advierte antes de empezar un combate naval.

Algunos marineros esperaban junto á los cañones con las mechas preparadas.

El capitán no apartaba el anteojo de su vista.

Quería observar hasta los menores movimientos de sus enemigos.

Uno de los buques españoles izó el pabellón de su nacionalidad.

—¿Qué hacemos?—preguntó al capitán el contra-maestre.

—Guardemos silencio.

—Perfectamente.

El bergantín español, viendo que ninguna insignia apareció en los mástiles del *Simoun*, no creyendo oportuno continuar así, decidióse á romper las hostilidades.

De una de sus bandas brotó una línea luminosa, seguida de una horrible detonación.

Una de las balas pasó sobre la cubierta del buque pirata sin originar avería de ningún género.

El capitán pirata mordióse los labios.

Luégo dió orden de hacer fuego.

Viró el *Simoun* gallardamente con una ligereza extraordinaria hasta poner una de sus bandas enfrente del buque enemigo.

Después oyóse una horrible detonación que hizo estremecer al bergantín.

Una nube de humo levantóse por encima de la mura de estribor.

Los proyectiles habían hecho volar algunas jarcias de la nave española.

—A ver,—dijo el capitán.— Ha llegado el momento de desenmascararse. Que icen el pabellón argelino.

Todos aplaudieron aquella resolución.

La bandera argelina ondeó sobre uno de los mástiles.

Desde aquel momento, los dos buques cambiaron sus fuegos.

No podían apreciar los resultados de sus respectivos disparos, porque el humo producido por la pólvora adquirió una gran densidad. Unicamente cuando los cañones vomitaban sus terribles proyectiles, veíase una franja roja semejante á la que produce el rayo rasgando los preñados nubarrones de la tormenta.

De pronto oyóse por babor un nuevo disparo.

El otro buque español había acudido en socorro de su compañero.

—¡Hola!—exclamó el capitán frunciendo las cejas, —ahora es cuando empieza lo grave. Tenemos que habérnoslas con dobles enemigos.

No había concluído de pronunciar estas palabras, cuando una bala, hábilmente dirigida desde uno de los buques españoles, penetró en el costado izquierdo del *Simoun*.

Las mejillas del capitán pirata palidieron.

Para que la situación fuese más grave, apareció en aquel momento un hombre por una de las escotillas de popa.

Sus ojos desencajados parecían querer salirse de sus órbitas.

—¿Qué ocurre?—preguntóle don Juan de Zúñiga.

—¿Dónde está el capitán?

—¡Qué pregunta! En su puesto. ¿Dónde queréis que se halle más que sobre el puente?

El marinero lanzóse sobre la cubierta, y aproximándose al capitán, exclamó:

—El buque hace mucha agua.

—¡Pronto á las bombas!—gritó el capitán con energía.

Esta orden hizo estremecer á los marineros, no sólo por el rudo é ímprobo trabajo que se les imponía, sino también por conocer el peligro que les amenazaba.

Durante algunos momentos abandonaron los cañones.

—¡Qué importaba recibir los proyectiles enemigos, si otro peligro mucho mayor batía sobre ellos sus lúgubres alas!

A bordo del *Simoun* advertíase el silencio más profundo, sólo interrumpido por el golpe monótono que producía la bomba al extraer el agua de los sollados.

Inútiles esfuerzos.

El aparato hidráulico no era bastante potente para extraer la cantidad de líquido que penetraba en el buque.

Entonces oyóse á bordo del *Simoun* un acento ronco pronunciando estas palabras:

—¡Arrojad al agua el lastre, y si es preciso, los cañones!

Todos los marineros lanzáronse hacia las escotillas con una rapidez extraordinaria.

En un instante fueron arrojados al mar multitud de objetos.

Aun no era bastante.

Los cañones también fueron desmontados, arrojándolos al agua.

Pero cuantos esfuerzos se hacían eran inútiles.

Oyóse de nuevo la voz del capitán.

—¡Sálvese el que pueda!—exclamó.

Y no había concluído de decir esto, cuando los tripulantes arrojáronse como tigres sobre los esquifes.

Trabóse entonces un reñido combate, combate terrible y desesperado.

Los esquifes cayeron al agua.

Algunos marineros, por saltar á ellos, caían al mar.

Otros luchaban cuerpo á cuerpo.

Allí no había amigos.

No abrigábanse en los corazones más que el instinto de conservación.

Sólo dos hombres permanecían inmóviles sobre el puente.

Uno era el capitán del *Simoun*.

El otro, don Juan de Zúñiga.

Ni aun en aquellos momentos de desesperación dudaba nuestro protagonista que le protegiese Satanás.

Los marineros más robustos ocuparon los esquifes.

Llevaban éstos muchas más personas de las que en ellos cabían.

Varios apoderáronse de los remos.

Las barcas se separaron del bergantín.

Una feroz sonrisa dibujábase en los labios de los que creíanse salvados.

Y decimos esto, porque no habían de conseguir su objeto.

Los buques españoles, que habían suspendido por un momento el fuego, apenas vieron que los piratas habían abandonado el *Simoun*, lanzaron sobre los esquifes sus proyectiles.

A su rudo empuje, las débiles barcas, demasiado cargadas ya, zozobraron.

Sus tripulantes cayeron al agua.

Aquella escena era horrible.

Durante algunos momentos se vió á una porción de hombres luchando con las olas.

Algunos de ellos querían acercarse de nuevo al bergantín.

Faltáronles las fuerzas, y el abismo fué tragándoselos uno á uno.

Los más débiles fueron los menos desgraciados, porque la lucha fué más breve.

Entre tanto el *Simoun* iba hundiéndose lentamente.

Faltaban muy pocas líneas para que el agua rebosase por encima de las muras.

Tan seguro era el naufragio, tan imposible la salvación del bergantín, que sus enemigos los buques españoles dejaron de hacer fuego, y á fin de evitar la conmoción que necesariamente había de producir el barco pirata al sepultarse en el abismo, alejábanse de él á toda vela.

—¡Esto es horrible!—exclamó el capitán dirigiéndose á Zuñiga.

—Con efecto, os confieso que es la primera vez que mi corazón ha acelerado sus palpitaciones en medio del peligro.

—Nuestra muerte es segura; pero no debemos esperarla aquí.

—¿Qué remedio hay para evitarlo?

—Yo, don Juan, voy á arrojarme al agua.

—¿Y qué conseguiréis?

—Nada; pero algunos han tenido la fortuna de salvarse en una tabla. Ya no veo ningún esquife.

—Y aunque lo vieseis.

—El bergantín se hunde; nos arrastrará al abismo.

Zuñiga contrajo los labios con cierto desdén.

—¿Me seguís?—preguntó el capitán aterrado ante la glacial indiferencia de aquel hombre.

—No.

—¿Por qué?

—Jamás he huído de los peligros, por grandes que sean.

—Pero esto se comprende cuando se trata de peligros de otra naturaleza.

—Por mí no os detengáis.

El pirata no vaciló y arrojóse al agua.

Zúñiga dirigióle una compasiva mirada.

Era tan noble su corazón, que hasta olvidábase de los peligros propios por los ajenos.

El capitán luchó valerosamente.

Quiso asirse á un pedazo de mástil que flotaba sobre las olas; pero no era bastante grande para sostenerle, y hundióse con él.

—¡Que Dios le ampare y recoja su alma!— exclamó don Juan con entristecido acento.

Luégo dirigió una mirada en torno suyo.

Estaba completamente solo.

Todos habían muerto.

Las olas se encrespaban á su alrededor.

El agua llegábale á las rodillas.

Entonces Zúñiga sintió cierta desconfianza de salvarse.

—¿Será posible que mi protector me haya abandonado?— se preguntó.

E instintivamente asióse á una de las escalas de cuerda que terminaban en uno de los mástiles.

Cualquier otro hombre que no fuese Zúñiga hubiera muerto de terror.

Cada vez se hallaba más cerca del terrible elemento que agitábase á sus pies de una manera amenazadora.

Don Juan fijó sus ojos en el horizonte.

Aun uno de los buques españoles podía divisar sus señas.

Nuestro protagonista acordóse de que llevaba una pistola en el cinto.

Reconoció el cebo.

Afortunadamente para él, la pólvora no estaba mojada.

Zúñiga disparó.

Luégo, arrojando el arma, sacó su blanco pañuelo, agitándolo en dirección al buque que tenía á la vista.

Pasaron algunos instantes de horrible ansiedad. Esos instantes de vida ó muerte que parecen siglos de agonía.

—No me han visto,—exclamó,—ó no quieren acudir en mi socorro, creyendo sin duda que soy un pirata.

Esto se dijo Zúñiga, cuando observó que á bordo del buque español advertíase algún movimiento.

Agitó de nuevo su pañuelo.

Entonces vió que botaban al agua un esquiife, y que saltaron á él cuatro marineros.

Peligrosísimo era lo que intentaban.

Si al acercarse hundíase el bergantín pirata, los arrastraría necesariamente.

Pero esta consideración no detuvo á aquellos intrépidos hombres.

Zúñiga entonces soltó las jarcias de la escala y arrojóse al mar.

Confiaba en sus robustos brazos para llegar al esquiſe salvador.

Aquella vez, como siempre, el espíritu infernal habíale libertado de una muerte segura, ó por lo menos así creíalo nuestro protagonista.





CAPITULO XLVI

Encuentro inesperado.

EMPEZABA á amanecer cuando don Juan de Zúñiga consiguió asirse á las encalecidas manos de uno de los hercúleos marineros que tripulaban el esquiife.

¡Tiempo era de que así fuese, pues empezaban á faltarle las fuerzas!

—¡Pardiez!—exclamó el marino.—
¡Este hombre no es moro!

—Soy tan cristiano como tú.

—Pero en ese caso, ¿por qué enarbolasteis el pabellón argelino?

—Ahora os lo explicaré. Dejadme que repose algunos momentos. Estoy rendido.

—Lo creo. Pensé que no llegabais al esquiife.



Zúñiga, chorreando agua de pies á cabeza, sentóse en la parte de popa del esquife.

Su respiración era fatigosa.

Los cuatro marineros tenían sus ojos fijos en aquel hombre extraordinario.

Cuando se hubo sosegado un poco, Zúñiga dijo:

—Ante todo, debo advertiros, para vuestra tranquilidad, que el buque que acabáis de echar á pique era un bergantín pirata, por más que sus intenciones al dirigirse á las costas españolas no fuesen hostiles en la ocasión presente.

—Y ¿cómo diablos ibais en ese buque?

—Más os sorprenderá todavía cuando sepáis que tengo la honra de pertenecer al ejército español.

—¿Erais cautivo de esos malos perros?

—Lo he sido, aunque conseguí luégo la libertad y su aprecio.

Zúñiga no quiso dar explicaciones más amplias.

Sabía que tan pronto como abandonase el esquife había de referir al capitán del buque español cuanto habíale acontecido, y no era hombre á quien agradaba mucho relatar sus aventuras más de una vez.

Transecurrida una media hora, la barca hallábase atracada al bergantín.

Desde éste echaron la escala.

El primero que subió por ella fué Zúñiga.

No habíase engañado en sus suposiciones.

El capitán del buque salió á recibirle.

Desde luégo comprendió que don Juan no era un

pirata argelino, creyendo, como los marineros que habíanle conducido en el esquife, que el joven era cautivo de los musulmanes.

Iba Zúñiga á darle explicaciones; pero el capitán le interrumpió con estas palabras:

—Ante todo, cambiad de ropa. Venís empapado como una sopa.

—Con efecto, siento humedad hasta en los huesos.

Zúñiga, acompañado de un marinero, bajó á uno de los camarotes del buque.

Una vez en él, sustituyó su traje por otro.

Luégo aventuróse de nuevo por una de las escotillas de popa, subiendo sobre cubierta.

El capitán le esperaba.

—Acaban de asegurarme que pertenecéis al ejército español, — le dijo.

—Con efecto. Soy capitán.

—Perfectamente. ¿Vuestro nombre?

—Juan de Zúñiga.

—Tengo que hacer mis apuntes en la bitácora. Por eso os hago estas preguntas.

—Sois muy dueño de ello, capitán, y os manifestaré los motivos que obligábanme á navegar á bordo del buque pirata.

—Si os parece, pasaremos á mi cámara, donde tomaremos una taza de café y unas copas de ron.

—Con mucho gusto acepto vuestro ofrecimiento.

El capitán y Zúñiga dirigiéronse á la cámara del primero.

Una vez en ella, sentáronse junto á una pequeña mesa.

El capitán llamó.

Presentóse en seguida un marinero.

—Sírvenos café, y trae una botella de ron de Jamaica,—ordenó el capitán.

Y luégo, dirigiéndose á Zúñiga:

—Tengo la evidencia,—dijo,—que ha de agradaros el ron: es verdaderamente legítimo.

—¿Venís de América?

—Del Perú.

—No conozco ese país.

—Os agradaría sobre manera. Sólo viéndole puede tenerse idea de la espléndida vegetación de aquellos climas.

—También es riquísima la del Africa.

—¿De qué punto venís?

—De Argel.

—Pero ¿qué idea tuvisteis al dirigir vuestros pasos hacia una zona cuyos moradores nos profesan tan profunda aversión?

—Ya sabréis que nuestro monarca, cansado de los atropellos que con harta frecuencia cometen los piratas argelinos en las costas valencianas, decidióse á evitarlo tomando las más enérgicas medidas.

—Con efecto, he tenido noticia del bombardeo de Argel.

—Yo soy uno de los capitanes que formaban parte de aquel ejército.

—Todo lo comprendo. Caisteis después en poder de los enemigos.

—Es verdad.

—¡Cuánto os habrán hecho sufrir!

—Sería injusto si tal dijese. En Argel, como en todas partes, me ha sonreído la fortuna.

—Dichoso vos.

—No puedo quejarme de mi destino.

Y Zúñiga refirióle al capitán cuanto habíale ocurrido durante su permanencia en Argel.

—Doime la enhorabuena,—dijo el capitán cuando Zúñiga terminó su relación,—de haber libertado de la muerte á uno de los más bravos oficiales de nuestro ejército.

—¡Mil gracias, capitán! ¿Cómo os llamáis?

—Jorge.

—Pues bien, capitán Jorge, yo también celebro mucho haber tenido la honra de conoceros.

El marinero penetró de nuevo en la cámara

Un instante después servía el humeante café, descorchando luego una botella de ron.

Zúñiga llevóse á los labios la taza que contenía el aromático líquido.

—¿Qué os parece?—preguntó Jorge.

—De primer orden, capitán.

Disponíanse ambos á seguir la conversación, cuando llamaron á la puerta con unos ligeros golpecitos.

—¿Quién es?—preguntó el jefe del bergantín.